

Martí, maestro de América

Carlos Martínez Durán

Martí, Maestro de América, de los hombres de la humanidad. Con las prisas más altas y luminosas, con los maitines más puros y fervorosos, con la canción más buena, más excelsa y más libre nos levantamos hoy, 28 de enero, “quebrando albores”, para seguir por los cielos de América a la estrella que anuncia y promete el nacimiento de un hombre todo luz y amor, substancia y trascendencia de nuestra América, raíz de nuestra más dulce y fértil geología, flor de inmaculado sentimiento abierta en la entraña del verso, agua de mar protectora de todas nuestras costas, evangelio vivo, doctrina salvadora para ahuyentar toda sombra, para saciar toda la sed y el hambre espirituales del hombre americano y del hombre universal, maestro y pastor de nuestros pueblos, tocado por la gracia y la fuerza bondadosa, con frente y pecho de David. David americano de la honda libertadora, de la honda movida por el brazo justo y por la idea guiadora de la victoria. David sereno y demiurgo siempre despierto para matar a todos los filisteos de las injusticias y del odio, para vencer a los Goliats de la fuerza bruta, para crear nuevos hombres, nueva patria, y hacer correr por las venas de la tierra y de los pueblos la sangre vivificante de la dignidad y del decoro, plenos y viriles.

Todo hombre de nuestra América debe seguir con la mirada más honda y pura, esa estrella, ese sol, guías, que no quieren ocultarse hoy, 28 de enero, porque José Martí está bendiciendo con su luz el horizonte, y no hay noche posible en este día de mensaje y de destino. Reyes Magos han de ser hoy, niños y maestros, que deben hacer de su corazón, mirra y rosa, para

ofrendarlo en el día más largo al “luchador sin odio” que desde la eternidad nos está dejando caer el alfabeto de la libertad para que lo entronicemos en la morada espiritual de los ciudadanos.

“De luz se han de hacer los hombres y deben dar luz”. La sentencia martiana es nuevo astro en el cielo de América. Lástima que, como él mismo lo dijera, “duran tan poco los cuerpos en que se alojan las estrellas”.

Pero esos cuerpos siguen dando calor a la tierra, la vivifican, la limpian. “Ni del sol tengo celos, afirmó, porque ni él me gana en calor ni en limpieza”. Si hablar es volar, séanme benéficas las alas. Cuán osado resulta volar en derredor de Martí. Se teme profanar, no se encuentran las palabras. Pero él, con su magisterio autoriza: “Para rendir tributo ninguna voz es débil”. Y además, es ameno y fácil el discurso, porque se llena con su pensamiento. Pero, ¿cómo hablar del hombre plural que exige un libro para cada faceta y una enciclopedia para su vida? Si me encontrase en recinto de Academia o en intimidad de aula, volaría por el jardín de su poesía, y fiel a su pensamiento buscaría versos para cerrar las heridas que abre la ira de los hombres. Buscaríamos la palabra que por su peso en pensamiento nos lleva a lo trascendental y a la obligación de meditar en el destino del hombre, y en la motivación de su existencia. Aprenderíamos a sentir; no en balde dijo Unamuno que Martí lo enseñó a sentir. Llegando a las fuentes españolas, encontraríamos las zonas de influencia y recordariamos con un crítico que si en Gracián hay ambición de intelectual, en Martí hay un querer de hombre. Y ese querer lo presenta como uno de los poetas más nuevos en la América española, creador del modernismo. Pero Martí poeta y Martí crítico de arte se escapan un poco de este ambiente más ancho y dilatado, que espera a Martí maestro y a Martí político. Al constructor de pueblos y al forjador de una patria, al educador cuyo mensaje despierta la conciencia de los pueblos de nuestra América, considerados como tierra y continente de abrazo fraterno, y llama a juntarse, palabra del mundo.

El cielo y la naturaleza de este fragmento hermoso de la patria americana, que otrora tendiera mano cordial al peregrino de la libertad y de la dignidad, me exigen hablar del americanismo de Martí, porque el maestro de los hombres, es la savia mis-

ma de América, es la raíz y el fruto, es el camino y la esperanza. ¿Hacia dónde va nuestro Continente? ¿Qué persigue? ¿Cuál es su lógico destino? Todas las interrogantes de ayer y de hoy las conoció el santo laico, y con profética visión, como hombre justo y sin manchas, sin odios, avizoró el destino de América.

En el culto a nuestros héroes se comete a veces el error de transformarlos en mito, en deshumanizarlos. Quiero que en mis palabras permanezca Martí-hombre, sin que ello implique descender a raseros niveladores. La realidad dramática de la vida de Martí nos aparta totalmente de una vida novelada. Nos interesa la dimensión humana, la estatura moral extraordinaria, la existencia dolorida hasta el sacrificio, la conducta y el ejemplo del homagno.

Lo humano en Martí, la humanidad del maestro, es aquella cualidad o haz de virtudes ascendentes que subliman lo corpóreo del hombre y agudizan en ansia vertical de cima al espíritu. Pero tal sublimación y altura no diviniza ni hace entrar en un reino invisible, humaniza al hombre, lo transforma en un ser superior que redime en la tierra y hace de ella el paraíso de paz, felicidad, prosperidad y justicia. Por estos motivos, lo que aparentemente deshumaniza, es humanización verdadera. Cuando afirma que “el primer trabajo del hombre es reconquistarse, que ser hombre es en la tierra difícilísima y pocas veces lograda carrera; que solo salva la pureza de la conciencia y la rectitud indomable, que solo se nace para la vida de lo bueno, que es la única vida verdadera que la vida se entiende como misión para ennoblecerla, para transformar y embellecer el mundo; y que tal misión lleva al sacrificio final, y es aprendizaje que enseña a morir todos los días en una cruz”; nos demuestra que merece el nombre de apóstol, y que su mensaje es un nuevo evangelio para América y para la humanidad.

Nuestra América, la sufrida en lo autóctono, la hispánica en lo justo y universal del Quijote, la emancipada políticamente por tantos y tan gloriosos héroes, la víctima de tantos amos propios y extranjeros, la económica marcada con el signo de viejos y nuevos mayorales, eternos en la terrible servidumbre, la presente y la futura, la que equilibra y puede ser de la Humanidad, la opuesta al derecho de conquista en el derecho público, la que

no ha terminado aún de declarar su segunda independencia y sigue vigilante desentrañando ambiciones e intereses en los secretos de múltiples convites y pretendidas uniones. Esa América nuestra, hermosa y eterna necesita de padres, hijos y maestros como Martí. De apóstoles y sembradores que prediquen con el ejemplo, con la conducta, que sean maestros de la juventud y no traicionen ni falseen el amor martiano: “doctrina y método” para toda escuela.

Martí, decía don Fernando de los Ríos, “es la personalidad más conmovedora, patética y profunda que ha producido hasta ahora el alma hispánica en América”. Sin perder la fuerza extraordinaria de su vivencia interior, se salió de sí mismo y se puso al servicio de los demás en la más maravillosa de las ofrendas. Hipersensible y tenso ante el espacio y el tiempo, intuyó, adivinó, porque quería dirigir, porque iba delante de los demás y veía más que ellos. El presente era solo concebido como gravedad de futuro. Se volcó y se identificó con los valores y bienes externos en una forma tal que pudo decir en verso:

Yo busco, yo persigo, yo reboso,
fuerza de amor, que de mi forma vierto,
vivo extra-mí, mi cuerpo sin reposo,
vertido ya el amor, es cuerpo muerto.

Para llegar a tan total desprendimiento y adquirir esa “serenidad que nada turba ni altera”, era necesario aniquilar las pasiones. El dice: “Siento que las pasiones se han desprendido de mí, como se desprenden al desnudarse las ropas. No hay en mí un átomo de satisfacción ni de impureza. Yo me veo en el portal de mi tierra, con los brazos abiertos, llamando a mí a los hombres y cerrando el paso a los peligros”. “Me siento creído. No puede ser que pasen inútiles por el mundo, la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad. Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño”.

Estamos seguros que nunca en América se ha escuchado una voz tan pura, tan responsable, tan defendida y respaldada por la conducta. Creemos en él, y lo vemos hoy, 28 de enero, lo veremos siempre en el portal de la tierra americana abriendo sus brazos para unirnos y defendernos, para exigirnos libera-

ción de todas las servidumbres, para llamarnos a la concordia, la paz y la justicia.

“No hay una mancha en mi existencia, ni interés en mi virtud, ni rencor en mi justicia, ni amor patrio, ni sentimiento en mí que no pueda ponerle a su recién nacida en la almohada”. Admirable sencillez, ternura y originalidad para expresar un ideal. “Moriré sin exagerar ni mentir. Nunca pensé mal ni obré mal. Jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza”.

“La pluma debiera ser inmaculada como las vírgenes”. “Dígame hombre y ya se dicen todos los derechos”. “Oh, libertad no manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido”. “Libertad sin ira. Perdonar es vencer”. “Odiemos el odio”. He aquí al hombre. He aquí vivo y redivivo un ideario. Martí-hombre en la desnudez de la verdad. Martí real y humanizado, ejemplo y victoria. Guía y esperanza.

Con virtudes tan trascendentales. Martí educa, da cultura, se convierte en el símbolo de los maestros de América. Funda escuelas, crea hombres y patria. Analicemos la esencia y los principios de la educación martiana. Las ideas pedagógicas de Martí, expresión del hombre y su tiempo, tienen actualmente y tendrán siempre vigencia, porque se fundan en valores eternos y universales y en la comunión del hombre con la naturaleza.

Martí descubre aún niño su vocación de maestro, y en edad temprana madura el hombre y el héroe. Pero al hombre adulto no le abandona jamás cierto espíritu de niño que conservará hasta su muerte. Esta supervivencia de la niñez sencilla y tierna es condición indispensable para el magisterio, forma de querer, de amar, de saber enternecerse.

La misión del maestro está en lo infinito, en lo inmortal. Y a pesar de ello, queda muchas veces ignorado y sufre recibiendo ingratitud. Martí pensaba terminar su vida de maestro de guajiros, de maestro ambulante portador de escuelas y de arados. Y pedía a muchos gobernantes que al bajar de las alturas se dedicasen a enseñar como humildes maestros. Fuerte y conmovedora imagen de una vocación.

En las ideas pedagógicas de Martí se encuentran postulados modernísimos, sostenidos hoy por grandes filósofos y prácticos de la educación.

Si queremos levantar hombres y pueblos después de una revolución, esta, para no quedar estéril, debe firmar con la pluma de las escuelas y con el arado en los campos. Hermoso consejo y realidad constantemente abandonados.

La escuela de Martí está al aire libre, en contacto con la naturaleza, para que el pensamiento vuele con facilidad hacia el campo, y se oiga el canto de la siembra y se sienta la protección del árbol.

Creo que en muchas escuelas de nuestra América, repletas de textos inútiles, sigue clamando el deseo martiano; de que en ellas esté siempre abierto el libro de la vida. De que en ellas se oiga la voz salvadora que habla sin miedo y sin hipocresía, y se mantenga el espíritu abierto y tolerante para escuchar todo pensamiento contrario. Porque la educación en sentido martiano es preparar a los niños a aprender por sí, es preparar para la vida, es hacer hombres a la altura de su tiempo y en acuerdo con su tierra, con su ambiente patrio. No deben existir los maestros “de roncal y porrillo”, que achican el espíritu y crean prejuicios, sectarismos y toda clase de complejos de inferioridad.

Enseñar, ser maestro, debe ser servicio obligatorio, como el de soldado. Enseñar es oratoria sagrada, como lo exigían Martí y Rodó. Es conversar con gracia, es ir hacia los campos, como misioneros de cultura. Porque no se deja la esclavitud si no se es culto. No se adquiere la felicidad sin cultura. “Ser culto es el único modo de ser libre”.

En cada calle, la lujosa de la ciudad o la pobre del campo, debe haber un jardín infantil. Y este será la mejor golosina, la mejor oración.

Siempre hemos alzado nuestra voz en actos y congresos universitarios para pedir educación en sentido martiano. Es decir: “dar al hombre las llaves del mundo, que son la independencia y el amor”. “No echarle el mundo encima de modo que no le quede por dónde asomar los ojos propios...”.

Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido, es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive, es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él,

y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote. Es preparar al hombre para la vida.

Solo con este lema tendremos escuela nueva, universidad nueva. Solo así haremos “que el hombre viva en analogía con el universo y con su época”. Solo así tendremos en la Universidad cultura, “sistema de las ideas vivas que el tiempo posee”.

Ya Martí se quejaba y su queja se reactualiza, de que los niños y los jóvenes fuesen a educarse fuera de su patria, en ambientes extranjeros, donde aprenden a menospreciar lo propio y hasta la nueva lengua que adquieren le quita la raíz al corazón. Temiendo la copia servil de lo norteamericano dijo:

[...] para que aprendan artes de oficina y la ciencia de dependiente de comercio —que cabe en un grano de anís— no parece natural que se saque a los jóvenes de nuestras tierras de América de bajo el ala paterna a correr calles, desamar la patria y habituarse a vivir sin ella en la ajena, que no lo ama ni prohija. Aprender inglés, para volver como un pedante a su pueblo o como un extraño a su casa... Esos son los hombres sin brújula, partidos por mitad, nulos para los demás y para sí, que no benefician al país donde han de vivir. Son, en el comercio arduo de la vida, comerciantes quebrados.

Debemos aprender cada día, más y mejor, el ideario martiano, divulgarlo, enseñarlo. No quedarnos en palabras. “Hacer es el mejor modo de decir”. Pensemos y hablemos sin hipocresía. Descubramos en cada hombre lo mejor de su naturaleza. Y al estudiar a Martí, pensemos con un pedagogo cubano moderno, que es necesario rebasar esa etapa y entrar en la más fecunda: en la del discipulado. Entrar en su reino y ser un seguidor de su mensaje.

Martí político y Martí americanista se suman admirablemente. “Se alzó sobre el crucero de América para levantar una república, equilibrar un mundo, trazar un destino, y al levantarse en Cuba, levantarse para todos los tiempos”. Se enamoró de nuestra América, y la posesión fue mutua. Se dejó poseer, poseyéndola. Hemos tenido muchos maestros y héroes, genuinamente americanos: Hidalgo, Bolívar y San Martín, Montalvo y Sarmiento, Hostos y Rodó, todos la amaron y la sirvieron. Y nacerán

seguramente otros, para conducirnos y seguir levantándonos. Pero entre todos, los pasados y los futuros, siempre estará Martí en sagrada permanencia. Porque ninguno como él para amarla, sentirla, comprenderla en su verdad, adivinarla en su futuro, penetrarla en lo más hondo, proyectarla con tanta perspectiva, servirla con tanto sacrificio.

Analicemos la república martiana y el destino que trazó para nuestra América.

Llegar a la conquista de la democracia perfecta, fundar pueblos con altas virtudes políticas, vivir en paz en repúblicas ideales, ha parecido siempre, y sigue pareciendo, empresa irrealizable, utopía. A pesar de todas las negaciones, Martí y su ideario político se afirman, y nos demuestran la razón de quien dijera que pueblo que no conoce la palabra utopía debe ser borrado del mapa de las naciones.

Nuestros pueblos están infestados de esa política que se comprende como ansia, goce y abuso del poder. La política perfecta de Martí es creación y responsabilidad constantes, previsión y sinceridad. Negación definitiva de la violencia de palabra y acto, de demagogia imprudente. La política y el gobierno nuevos no deben derribar lo que no sean capaces de reconstruir. Y deben edificar amando y perdonando. Tal “la política con alas de poesía”.

Edificar con alas, sin olvidar la realidad del país, en naturaleza y en hombres.

Evitar las copias serviles y los exotismos inadecuados. Gobernar es equilibrar.

“Equilibrio de clases, capacidades, rectitudes y procedimientos, no de afuera sino de adentro, del seno mismo de la patria”.

La democracia para Martí es primeramente “respeto para los valores humanos fundamentales”. No habrá democracia, no habrá pueblo libre, no existirá la felicidad y el gozo del vivir, entendido como un más vivir, sin cultura y sin salud. La cultura y la salud libertan. Las luchas y los odios de clases perecen donde la cultura es patrimonio de todos. La siembra de una revolución se esteriliza si no ambiciona para cada ciudadano la cultura que independiza y libera.

“Las ambiciones personales o de grupo perecen. Solo perdura lo que el pueblo quiere”. Y hay una querencia dominadora, avasalladora, ley primera y primigenia en la república: “el culto a la dignidad plena del hombre”. “El culto a la religión definitiva: la libertad”. No deben olvidar las democracias, y más si surgieron de una guerra o revolución inevitables, “que el pueblo no es campo de batalla. En la guerra mandar es echar abajo, en la paz echar arriba. No se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas”.

La política asegura el bienestar interior y nos defiende de las asechanzas melosas y diabólicas de los grandes y poderosos de la política internacional. Salvemos al país, decía Martí, “de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos”. Busquemos las razones ocultas de los convites y uniones internacionales. “Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan”. Nunca deben nuestros estadistas y nuestra juventud, ser deslumbrados por retóricas interesadas, a menos que lleven ambiciones innobles y oscuros servilismos, y comprometer el futuro de la patria. Hay que vigilar y prever mucho, hay que inquirir, intuir, para no caer en manos de los invitantes, que no tienen tradiciones y hábitos comunes con nosotros.

Martí predicó el acercamiento de pueblos, la cooperación internacional. Pero supo distinguir lo que con nombre falso de acercamiento es pura conquista. Exigió a nuestros pueblos energía y confianza, fe en sí mismos. Y siempre dijo: “que pueblo que desdeña a otro es amigo peligroso para el desdeñado”. Pueblos que se creen ingenuamente superiores o soberbiamente invencibles, llegan en nombre de una amistad falsa a dominar y a mandar en casa ajena. Y ante esos peligros sólo cabe una respuesta: optimismo, fe, energía. Proscripción del miedo y del derrotismo. Trabajo, “trabajo santo, santo trabajo”.

Trabajo para cultivar la inteligencia, trabajo constante de honradez. Hermanarse por el trabajo que dignifica. Abolir las luchas de clases. Porque enoja oír hablar de clases. Reconocer que existen es contribuir a ellas. Negarse a reconocerlo es ayudar a destruirlas. Sólo hay dos clases de hombres: los buenos y los malos.

Trabajar y estar siempre de pie. Vertical en la libertad, en la dignidad y en la honradez. El que se duerme, ama la genuflexión y gusta de larga horizontalidad, merece espuela y látigo.

Y si malo es el que duerme, envenenador es “el político-no de cervecería y esquinas”, porque falsean la opinión pública, viven en holganza, y azuzan todas las pasiones del inculto, del ignorante. Porque les gusta subir de rodillas y serpentear bajamente entre el pueblo.

He aquí la altísima y virtuosísima política de Martí. La que crea pueblos libres y dignos, repúblicas ideales, democracias en ascenso de perfección.

El porvenir de la América Latina palpita en esta política martiana. El americanismo crece y madura en ella. Americanismo que une, sin rivalidades ni combates, caros a Europa y Asia, y que permite hablar de un solo pueblo, del Bravo a la Patagonia. Sano orgullo de pertenecer a nuestras repúblicas, grandes y doloridas, y de cantar el anhelo martiano: “de poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de la América Latina”, porque en ella no pueden ni deben existir Caínes y Judas. Cantemos con el Apóstol que nuestra América no viene ni de Rousseau ni de Washington, sino de sí misma. De su entraña fogosa y morena, de su vino, quizás agrio, pero nuestro, de su tierra olorosa a concordia y paz. El americanismo de Martí no va acorde con la idea de política del Continente, “porque con dos corceles de diferente genio y hábitos, va mal el carruaje”.

Los dos pueblos de América, dice Martí, solo son semejantes en la identidad fundamental humana. Y fiel a su ley de amor invita a la cordura para no fomentar enemistades, pero exige el decoro inflexible y la independencia absoluta política y económica de nuestras repúblicas. Bien está abrir los brazos, pero no para quienes desean ponerse y echarse sobre el mundo. No debemos dañar la libertad de nuestro vecino, pues esto servirá para que otros entren a dañar la nuestra. Ni supremacía del rubio sobre el trigueño. Ni supremacía del trigueño más fuerte sobre los trigueños débiles.

Ni la geografía, ni el oro, ni toda pujanza material o racial es grandeza. “Grandeza es ofrendar hombres generosos y mujeres puras”.

El americanismo de Martí le permitió ver y adivinar el futuro de nuestras naciones, derivado en parte de la independencia de Cuba y de las Antillas. Por ello dijo: “asegurar la independencia de las Antillas es mantener el equilibrio y porvenir de nuestros pueblos, al salvarse, salva”. “La clave de las Antillas es muy codiciada. Desde ellas se puede apretar hacia el sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libres a Cuba y a Puerto Rico”. Las Antillas son fiel y nudo, en ellas, quiso Martí alzar el mundo, pegarse a su último tronco, y morir por ellas, que era morir por la libertad de nuestra América.

Respetemos y honremos también a la tierra y al pueblo cubanos, simbolizados en la palmera, en la estrella solitaria y en la caña de azúcar. Vale decir en lo alto y libre, en la luz que guía, y en el corazón dulcísimo que triunfa de toda amargura. Cuba nos dio a Martí, y el mundo, decía Gabriela Mistral, anda alborotado con esa novedad de Gandhi, olvidando que el fenómeno tan difícil de combatir sin aborrecer apareció entre nosotros en esta Cuba americana, en este santo de pelea.

Honar en este día y siempre, por los siglos de los siglos, a José Martí, es honrar a nuestra América, honrar nuestra independencia, honrar lo mejor y más puro del hombre, vivir en las más sagradas libertades, tener conciencia de lo que somos y del futuro de una América nueva, seguir los caminos eternos de Cristo y de Francisco de Asís, caminos de milagro, por ser de amor y sacrificio.

“Las naciones románticas del Continente, las islas dolorosas del mar”, todas se levantan, todas se empinan, para ver y admirar al hombre de luz, al maestro de América y de los hombres, que desde la eternidad nos llama a cultivar el jardín de rosas blancas, a nacer de nuevo, para la vida de lo bueno, única vida verdadera.